

desaprobaba el lenguaje de su colega. Heron echó á la Villars una mirada de desconsuelo, se acercó á ella y le dijo al oído :

— ¡Qué contratiempo! Esta orden me cierra el cielo. Por fortuna, en Libry habrá algo que ganar y te traeré un regalo.

— ¿De qué te quejas entonces? respondió la Villars riéndose y sin que él pudiera comprender si estaba contenta ó contrariada.

Estaba todavía preguntándose, cuando llegó de la antecámara ruido de voces.

— Ahí están nuestros colegas, dijo Billaud-Varennes levantándose. Retírese la ciudadana; se la llamará cuando sea tiempo.

Ya muy impresionada por lo que acababa de ver y oír, la Villars no se lo hizo repetir y pasó á la sala de espera, cuya puerta le abría Heron.

XV

Apenas había salido la Villars de la sala de sesiones, entraron sucesivamente, primero Robespierre y Saint-Just, y después Couthon y Collot d'Herbois, miembros los cuatro de la Junta de Salvación pública.

Lo que los caracterizaba, independientemente de su juventud, era el espíritu de resolución y de astucia que se pintaba en sus facciones y que debían, por una parte, á su costumbre del peligro y, por otra, á la incesante necesidad de conjurarlo.

El mismo Couthon, enfermizo y tullido, aunque se arrastraba penosamente apoyándose en dos muletas, llevaba en los ojos la energía y la voluntad. Cuando, fatigado de haber subido la escalera, se sentó en el sillón que Heron se había apresurado á presentarle, se transfiguró; borráronse de su cara las señales de cansancio y no quedó en ella más que una expresión autoritaria y altanera.

Los representantes se agruparon alrededor de su sillón. Solamente Carnot faltaba en el grupo. No había dejado su sitio ni levantado siquiera la cabeza y nadie se extrañaba por ello. Sin parecer notar su presencia, los recién venidos, á los que se había unido Billaud-Varennes, se pusieron á hablar entre ellos.

Pero pronto Saint-Just interpeló á Heron.

— Te he ordenado que prepares una carta para el tribunal militar de Strasbourg, cuyas últimas absoluciones son escandalosas. ¿La has preparado?

— Aquí está la minuta, ciudadano representante.

Saint-Just la tomó de manos de Heron y la recorrió con la vista.

— Muy suave es esto, muy suave, exclamó.

Febrilmente, tomó una pluma y, en pie, cubrió de tachones el texto que se le había sometido, reemplazando con frases á su gusto las que iba borrando.

Sus colegas, silenciosos, le miraban hacer. Cuando terminó, les dió lectura de su improvisación.

« Vuestros procedimientos languidecen, había escrito á los jueces militares de Strasbourg. Se os ha instituido para ser justos, prontos y severos. Pero recordad que la muerte está debajo del asiento de los jueces inicuos como debajo del de los culpables. »

— Eso es hablar, aprobó Collot d'Herbois.

— Pero no es un lenguaje humano, dijo Carnot sin dejar su sitio.

— Es el de los patriotas, replicó Robespierre.

— Y el único que puede hacer temblar á los traidores, añadió Couthon.

Carnot se acercó, dejó caer sobre sus contradictores una mirada en la que se leía la rebelión de su alma y les arrojó estas palabras á la cara :

— Habláis como verdugos.

No ocurriéndoseles una respuesta, todos se quedaron callados al pronto.

Pero pronto Saint-Just, más ardiente que ellos, tradujo su cólera con vehemencia.

— ¿Qué tienes tú que ver con esto, Carnot? ¿No es bastante pesada tu misión? No contento con defender la República contra el extranjero, ¿quieres aún asumir la tarea de purgarla de conspiradores? Si lo deseas, cambiemos de papel.

Se calló en una actitud de desafío, como si se preparase á rechazar la respuesta que esperaba. Pero Robespierre tomó la palabra en su lugar.

— Olvidas con demasiada frecuencia, Carnot, que si te toleramos entre nosotros, es únicamente á causa de tu ciencia estratégica. Eso sólo nos dispone á perdonarte los desfallecimientos de tu civismo y tu falta de actividad revolucionaria.

Couthon quiso unir sus reproches á los de los demás.

— Sin cesar, dijo, criticas nuestros actos y nuestras palabras hasta cuando te asocias á ellas.

Carnot, desdeñoso, alta la cabeza y los brazos

cruzados sobre el pecho, dejaba correr este raudal de palabras de odio; pero las observaciones de Couthon le arrancaron de su calma.

— Cuando me asocio á vuestras palabras y á vuestros actos, replicó, es para impedir que me hagáis sospechoso á la nación. No he buscado la posición que ocupo y mi amor á la patria será la justificación de lo que hago por conservar el poder de defenderla. El patriotismo me manda mantenerme aquí á toda costa; pero tened cuidado de que no me mande pronto descubrir vuestras ambiciones y vuestros designios.

— ¡Nuestras ambiciones! ¡Nuestros designios! exclamó Robespierre. ¿Le estáis oyendo?

Collot d'Herbois afectaba una expresión de dignidad ofendida.

— ¡Pones en duda nuestro desinterés! Es un insulto.

El debate amenazaba con tomar un tinte trágico, y Billaud-Varenes trató de cortarlo.

— Por favor, ciudadanos colegas; esas disensiones son funestas.

— Tienes razón, Billaud-Varenes, dijo Saint-Just; la República está perdida si los hombres encargados de conducirla se entregan á recriminaciones de ese género. ¿Pero quién las provoca? ¿Tienes tú derecho de provocarlas, Carnot, estando aliado con los peores enemigos de los patriotas? Créeme, ni insistas si quieres conservar la cabeza. Bastantes hechos

te acusan para hacerte guillotinar dentro de dos días.

Carnot no opuso á esta amenaza más que el desdén de una conciencia sin reproches.

— Te invito á redactar tu acta de acusación, dijo en tono irónico. Hazlo con todos tus rigores; no te temo ni á ti ni á tus amigos. Sois unos dictadores ridículos.

Prodújose entonces en torno suyo una explosión de invectivas y un desencadenamiento de amenazas.

— Te probaremos lo contrario, gritaba Robespierre lívido y agitado.

Collot d'Herbois mostraba al adversario el puño cerrado; Couthon blandía sus dos muletas y la voz de Saint-Just dominaba esta tormenta gritando.

— Mañana mismo pediré á la Convención tu expulsión de la Junta.

Estas palabras reveladoras del proyecto cuya ejecución no se habían atrevido aún á provocar Robespierre y sus amigos, tuvieron por efecto el traer á Carnot al sentimiento de la realidad. Las intrigas que hacía tiempo sospechaba, se precisaban y sus enemigos arrojaban la máscara. Pero no era él hombre de asustarse por eso. Tenía delante en aquel momento á los más temibles de ellos, Couthon, Robespierre y Saint-Just, los triunviros, como se los llamaba, y el desprecio que le inspiraban le hizo más intrépido. Levantando la mano y envolviéndolos en un gesto profético, exclamó:

— No lograréis expulsarme de la Junta y saldréis antes que yo. ¡Triunviro, tendréis que desaparecer!

Esta predicción no podía menos de envenenar la querrela, que se hubiera hecho sin duda más violenta sin una circunstancia imprevista que la suspendió. Se vió á Robespierre llevarse la mano al pecho, desfallecer y caer en una silla murmurando :

— Estas disensiones me desgarran el corazón ; me matan.

Saint-Just, Collot d'Herbois y Billaud-Varenes se inclinaron hacia él con solicitud y Carnot se fué á su mesa encogiéndose de hombros. Al verle alejarse, Robespierre recobró las fuerzas que parecían agotadas, se incorporó y, con acento de odio, dijo en voz baja :

— Tenemos que desembarazarnos á toda costa de ese hombre.

— ¿Sin saber con quién vais á reemplazarle? preguntó Billaud-Varenes.

Hasta aquel día, Billaud-Varenes había sostenido á Robespierre, pero empezaba á desconfiar de él y á sospechar que alimentaba las miras ambiciosas de que acababa de hablar Carnot. Nadie respondió á su pregunta, aunque nunca faltaban argumentos á los triunviro y á sus partidarios. Siempre habían profesado la opinión de que no hay hombres necesarios, y hubieran sido lógicos con ellos mismos repitiéndolo para precipitar la caída de Carnot. Pero tuvieron que aplazar esta discusión. El alguacil se pre-

sentó á anunciarles que llegaban los miembros de la Junta de Seguridad general, que se adelantaron detrás de él en número de seis : Belliere, Lebas, Dubarrau, Jagot, Vadier y Amar.

Estos nombres, exceptuando el de Belliere, no dirán nada ó casi nada á la mayor parte de nuestros lectores. Todos han caído en el olvido, y si alguna vez se pronuncia el de Lebas, es porque este amigo de Robespierre pereció con él. Pero en aquellos tiempos se temblaba al oírlos. Agentes activos del partido terrorista, aquellos personajes se distinguían por su crueldad por dondequiera que pasaban, así como por el carácter arbitrario de sus actos y por la violencia de su lenguaje. Es todo lo que conviene decir de ellos en este relato, en el que no hacen más que aparecer.

Cuando entraron, Couthon se levantó de su asiento para darles la bienvenida. Y en seguida se formaron los grupos, habladores y risueños, como si los miembros de las juntas rivales hubieran querido ocultar sus agravios recíprocos y sus rivalidades.

Collot d'Herbois estaba hablando con Vadier.

— Te he visto hace un momento en la plaza de la Revolución, cerca de la guillotina.

— Sí, he ido á reirme de la cara que ponen al verla esos miserables. Me divierte verlos estornudar en el saco, y como le he tomado el gusto, voy á menudo.

Amar tomó parte en esta amable conversación.

— No dejes de ir mañana, Vadier, dijo. Habrá una buena hornada.

— Iré seguramente; ven conmigo.]

Después de un signo afirmativo de su colega, Vadier, pasando á otro asunto, preguntó á Collot d'Herbois :

— ¿Sabes para qué hemos sido convocados?

— Para hablar de Dalassene.

— No le veo, dijo Belliere, que había oído la pregunta y la respuesta.

Saint-Just intervino.

— No se le ha advertido. Su presencia hubiera estorbado la deliberación, puesto que ha de referirse á él.

— No podrá, entonces, defenderse.

— Se defenderá ante el tribunal, á no ser que tú quieras defenderle aquí.

Al oír estas palabras pronunciadas por Saint-Just en tono de sospecha y de amenaza, el pintor protestó y se excusó.

No había tenido la intención de impedir la marcha de la justicia.

En este momento se oyó la voz de Couthon.

— A vuestras plazas, ciudadanos colegas, ordenó arrastrándose al sillón presidencial.

Robespierre y Saint-Just se sentaron á su derecha y Carnot y Billaud-Varenes á su izquierda. Los demás se colocaron donde quisieron. En el extremo de la mesa estaba Heron con la pluma en la mano,

dispuesto á tomar notas para redactar el acta de la sesión.

Couthon la declaró abierta y, después de haber hecho notar que si varios miembros de las juntas estaban ausentes era porque el servicio de la República los retenía lejos, dió la palabra á Saint-Just.

Con su voz seca, breve é incisiva como un cuchillo, el joven tribuno empezó su acusación contra Dalassene. Empezó por establecer que, hacía mucho tiempo, la conducta de ese convencional había llamado la atención de los patriotas, pues hacía pensar que hacía traición á la República y que, durante su estancia en Turín, se había puesto en relación con los realistas. Había traído de su viaje una ex condesa, emigrada, probablemente, y gracias á él, ella y su hermana residían en el territorio francés con desprecio de las leyes.

Carnot interrumpió al acusador.

— ¿Afirmas que esas mujeres son emigradas? ¿Estás seguro? Es muy inverosímil que Dalassene haya sido bastante imprudente para comprometerse así tontamente.

— Se dice que está enamorado de la ex condesa, replicó Saint-Just; vive con ella y no sería el primero de su casta que sacrificase su deber al amor, porque es noble, Carnot, no lo olvides. Y lo que no es menos grave, es que poco después del viaje de Dalassene á Turín, las gacetas de ese país han publicado papeles diplomáticos que la Junta de Seguridad

general tenía secretos, y diversas circunstancias permiten suponer que Dalassene no es extraño á estas divulgaciones.

Mientras Saint-Just hablaba, la actitud de los circunstantes revelaba la disposición de unos para dar fe á sus dichos y la incredulidad de los otros, de Carnot especialmente, que no cesaba de hacer señas de negación con la cabeza.

Solamente Billaud-Varenes no dejaba adivinar su pensamiento, y con los codos en la mesa y la frente entre las manos, parecía querer sustraer la cara á la atención de sus colegas. Robespierre aprobaba con los ojos y hasta hizo observar que los hechos enunciados eran suficientes para hacer á Dalassene sospechoso.

— Siempre sería bueno que se explicase delante de nosotros, dijo Carnot. Le acusáis sin pruebas.

Saint-Just se impacientó con esa resistencia.

— Si quieres pruebas, dijo, vas á tenerlas. Hay ahí una mujer que nos las dará. Cuando la hayáis oído, ciudadanos colegas, y para oirla estáis convocados, decidiréis si ha lugar de expedir una orden de prisión contra Dalassene.

Este lenguaje sacó á Billaud-Varenes de su inmovilidad, recordándole la promesa que había hecho á la Villars.

— ¿Qué importancia vamos á dar á la declaración de una mujer? ¡Y qué mujer! No sería digno de las Juntas tener en cuenta testimonios cuyos móviles

son fáciles de adivinar. Más valdría una averiguación de la policía.

— Una averiguación de policía que necesitará semanas, exclamó Robespierre. ¿Cómo puedes pensar tal cosa? La espada de la ley no puede permanecer suspendida.

Carnot protestó con más energía. Recordó que no correspondía al poder ejecutivo apreciar los cargos contra los sospechosos, sino al poder judicial, al que esta mujer debía ser enviada. Pero la mayoría estaba sometida al triunvirato y decidió que el testigo sería oído inmediatamente.

Carnot se sintió vencido y se resignó.

— Haced, dijo, lo que os dé la gana; devoraos los unos á los otros.

— Poncio Pilatos, murmuró Saint-Just inclinándose hacia Robespierre.

Por orden de Couthon, Heron fué á buscar á la Villars, que se presentó en seguida. Intimidada, llena de miedo, se detuvo en la puerta.

— Adelante, ciudadana, le dijo Couthon con benevolencia. Tranquilízate y toma asiento. El ciudadano Saint-Just va á interrogarte.

Y le designó un asiento enfrente de él al otro lado de la mesa. La Villars se sentó temblorosa é implorando con los ojos el auxilio de Billaud-Varenes. La respuesta que leyó en los suyos la reanimó, le devolvió el valor y le hizo esperar con firmeza las preguntas que se le anunciaban.

— Nos has prometido revelaciones sobre Dalassene, díjole Saint-Just. Habla.

Al ver Saint-Just que la Villars seguía callada, atribuyó su silencio á timidez y, para facilitar sus respuestas, precisó los puntos sobre los cuales quería que se explicase.

— Cuéntanos lo que sabes de su estancia en Turín.

— No estaba yo con él, respondió la Villars, é ignoro lo que hizo.

Desconcertado por esta declaración, pero más irritado aún, Saint-Just se puso amenazador.

— Nos has mentido, entonces, á Robespierre y á mí, cuando nos has dicho que podías ayudarnos á descubrir las pruebas de sus traiciones.

— He mentido, confesó la Villars; he mentido por despecho, en el arrebató de mi cólera, para vengarme del abandono de que he sido víctima. Pero, en seguida, mi conciencia me ha acusado de mi mentira y me prohíbe perseverar en ella.

— Es un arrepentimiento muy tardío, dijo Robespierre.

— Es tardío, pero sincero, respondió la Villars.

— Sincero ó no, sabes que puede tener como consecuencia hacerte sospechosa á ti también y provocar tu prisión inmediata.

Tal dijo Saint-Just redoblando las amenazas para obligarla á hablar. Pero la Villars, vencida por las lágrimas de Lucía y por las súplicas de Clara, estaba

ahora tan resuelta á salvar á Dalassene como lo había estado á perderle. La rapidez de su conversión no debilitaba su energía, y Saint-Just tuvo que reconocer prontamente que no vencería una obstinación que no podía atribuir sino á la movilidad femenina.

Pero lo que él no esperaba, era ver á aquella mujer de la que había pensado hacer un instrumento para agobiar á Dalassene, transformarse en abogado y defender al que acusaba pocas horas antes. Eso fué, sin embargo, lo que ocurrió.

— Podéis, dijo, hacerme prender, si os parece bien, juzgarme y enviarme á la muerte; eso no me impedirá afirmar hasta mi último suspiro que he calumniado á Dalassene. Mientras he vivido á su lado, no he visto, oído ú observado nada que permitiese poner en duda su civismo ni la sinceridad de sus opiniones sinceramente republicanas. Estuvo en el Piamonte, es cierto, pero fué con autorización de sus colegas, los representantes que habíais enviado con él á Saboya. Su misión fué objeto de un informe que se leyó en la Convención; yo estaba en la sesión aquel día y aún estoy oyendo los aplausos que le acogieron. Encontró en Turín una antigua amiga, pero llevándola á Chambery en los plazos marcados por la ley, hizo perder á esa mujer la condición de emigrada. Tenía, pues, derecho de traerla á Francia y ella lo tiene para vivir aquí. En ese punto, la acusación formulada contra él no es

fundada, como no lo son las que tienden á presentarle como un conspirador. Dalassene es buen patriota, tan bueno como todos los que están aquí, y lo sabéis tan bien como yo.

Pronunció la Villars este discurso sin tomar aliento y con fogoso aplomo. Bajo el imperio de una voluntad indomable, las palabras acudían á sus labios sin que ella tuviese que buscarlas.

Entregada á su deseo de trasmitir al alma de sus oyentes la convicción que la animaba, no veía los efectos que producían sus palabras en cada uno de ellos.

Billaud-Varennes la animaba con la mirada; Carnot parecía aprobarla; Belliere estaba impasible, pero cualquiera que hubiese penetrado en su alma, hubiera sorprendido un sentimiento de admiración que solamente el miedo le impedía manifestar.

A Robespierre y Couthon, en cambio, les costaba trabajo contener la cólera, y Saint-Just no fué dueño de ocultar la suya.

— Basta, basta, vociferó levantándose de su asiento; no insistas en defender á ese traidor, si no quieres compartir su suerte.

La Villars no bajó la cabeza y sus ojos desafiaron aquel furor. Pero de pronto cambiaron de expresión; detrás de Saint-Just, en el fondo de la sala, estaba viendo á Dalassene.

El convencional había entrado en el salón sin que nadie le echase de ver y, en pie contra la pared, con

los brazos cruzados y la boca contraída por una sonrisa de desdén, estaba escuchando.

— Gracias, Susana, dijo; tu valentía y tu franqueza merecen mi gratitud y borran para siempre en mí el recuerdo del mal que me has hecho.

Todos se volvieron, suspendidos por aquella aparición inesperada. Dalassene se adelantó apostrofándolos.

— No os molestéis, ciudadanos colegas. Estabais deliberando sin mí y hasta habíais omitido el citarme. Es un ultraje á la Convención de la que soy emanación del mismo modo que vosotros.

Algunos dejaron sus puestos, rodearon al recién llegado, rencorosos y agresivos, y le llenaron de injurias. Pero Dalassene permanecía con la cabeza alta y oponía á sus invectivas una calma inalterable.

— ¿Quién me acusa aquí? ¡Tú, Robespierre, á quien mi popularidad altera el sueño! ¡Tú, Saint-Just, que envidias mi nacimiento, del que soy inocente, mi lujo y lo que tú llamas mis buenas fortunas! ¡Tú, Couthon, que fingiste defenderme un día para atacarme más sobre seguro! ¡Tú, Billaud-Varennes, que por separar de tu cabeza sospechas merecidas, me imputas tus propias traiciones! No os reconozco el derecho de juzgarme; no reconozco más que un juez, el juez de todos nosotros, la Convención. Si queréis mi cabeza, tendréis que pedir-sela á ella. Atreveos, pues, á hacerlo; yo me defenderé revelando vuestras intrigas, vuestros designios

tenebrosos, vuestras despreciables ambiciones, y ella pronunciará la sentencia. De vosotros no espero ninguna justicia; ni de ti siquiera, Carnot, que te lavas las manos en todo; ni de ti, Belliere, que ayer aún te llamabas mi amigo. Hasta la vista, ciudadanos colegas; os doy cita en la tribuna de la Convención.

Mientras Dalassene se abandonaba así á su legítima cólera, la Villars, aprovechando la confusión que reinaba á su alrededor, se había refugiado en el hueco de una ventana y escondídose detrás de las cortinas con la esperanza de hacerse olvidar. Desde aquel sitio, vió retroceder á Dalassene hasta la puerta y salir, antes de que aquellos á quienes se había dirigido pudiesen impedirselo.

Todos se miraron, consternados los unos, irritados los otros y todos lentos para reponerse del asombro que acababa de causarles aquella escena impetuosa. Pero pronto volvieron en sí y se oyeron resonar voces furiosas.

— Hay que mandarle prender.

— Prenderle sin causa es prepararle un triunfo en la tribuna.

— No podrá presentarse en ella puesto que estará preso.

— Escribirá al presidente, su carta será leída en sesión y el efecto será el mismo.

— Haría falta, al menos, un pretexto.

El debate se animaba y ponía frente á frente las

opiniones diversas con tal vivacidad, que los que las expresaban no vieron que el alguacil entregaba á Couthon un gran pliego sellado.

— Aquí tenéis más que un pretexto, gritó el presidente blandiendo la comunicación que acababa de recibir. Es un hecho, y grave, y probado, puesto que es la sección Lepelletier la que lo denuncia. Escuchad, ciudadanos colegas.

Y leyó radiante y triunfal:

« Ciudadanos representantes: creo deber preveniros que á la caída de la tarde, vuestro colega el ciudadano Dalassene se ha presentado en la sección, donde el ciudadano Formanoir esperaba su traslado á la prisión del Luxemburgo, y ha comunicado con él después de haber atropellado al centinela y abusando de su título de convencional. He tenido que emplear la fuerza para impedirle llevarse al detenido. »

El delito está caracterizado, declaró Couthon; la ley es formal y la prisión se impone. Espero, ciudadanos colegas, que seréis todos de mi opinión.

No se presentó ninguna objeción, y el mismo Carnot, así como Belliere, parecieron conformarse con la opinión general. Saint-Just, dando un salto en su asiento, gritó con una loca alegría pintada en la cara:

— Esta noche preso; mañana guillotinado.

Y acercándose á Heron, que se había quedado sentado y con la pluma en el aire, le dijo:

— Escribe.

Y dictó :

« En virtud de las órdenes de las Juntas de Salvación pública y de Seguridad general, el ciudadano Heron procederá inmediatamente á la captura del ciudadano Dalassene, representante del pueblo. Se le autoriza para pedir, en este servicio, el auxilio de la fuerza pública. — Dado y firmado en París, el 10 frimario del año I de la República una é indivisible. »

Redactada la orden, Saint-Just la presentó á la firma de Couthon. El presidente firmó y, después de él, todos los demás, Carnot y Belliere los últimos.

— ¡Al fin estamos libres de ese traidor! dijo Robespierre. No pierdas un minuto, ordenó á Heron; no se debe retardar la ejecución de las leyes.

— He encargado ya á Heron de una misión importante en Libry, hizo observar Billaud-Varenes.

— No hay nada más importante que esto, respondió Saint-Just con el acento de un hombre acostumbrado á atribuirse todos los derechos.

Billaud-Varenes no se atrevió á insistir. Descontento al ver desconocida su autoridad, salió de mal humor, y ese detalle que le humillaba fué á engrosar el haz de rencores que ya alimentaba contra el triunvirato. Absorbido por su cólera interior, no echó de ver que Heron le acompañaba con una mirada en la que se leía la satisfacción de la victoria.

Poco á poco, los otros miembros de las Juntas le

siguieron y pronto Heron se quedó solo en la sala silenciosa. Entonces se levantó buscando con la vista á la Villars, y dejó escapar una exclamación de despecho al ver que la joven se había aprovechado de la confusión que reinaba á su alrededor para desaparecer.

Al salir del estudio de Belliere, Lucía y Clara se fueron á su casa. Lucía no podía sostenerse. La explicación que había tenido con la Villars, los esfuerzos que había empleado para ablandar á aquella mujer y la alegría de haberlo logrado, la habían quebrantado no menos que el temor de ver á Dalassene atraer sobre él, por sus imprudencias, las violencias de sus enemigos.

Después, al saber que Roberto no estaba convocado á la reunión de las juntas, se había llenado de espanto, y recordando entonces la advertencia de Belliere, había procurado convencerle de la necesidad de marcharse inmediatamente. Dalassene no había consentido ni rehusado. Quería, ante todo, presentarse á sus colegas reunidos y desenmascarar á aquellos cuyo odio le perseguía.

En vano le había suplicado Lucía que no afrontase su presencia y que esquivase sus golpes; Dalas-

sene no había querido oírlo y sus súplicas y sus lágrimas le habían dejado insensible. Roberto se había arrancado de los brazos que le retenían y declarado que su conducta ulterior no se podría fijar hasta su vuelta. Después se había alejado confiando á Lucía á los cuidados de Clara, de la Gerard y de Esteban.

Había pasado más de una hora desde la salida de Roberto, cuando el prometido de Clara, testigo del dolor de Lucía y con la esperanza de poner término á sus angustias, se ofreció espontáneamente á ir al antiguo hotel d'Elbeuf, donde se reunían las juntas, para saber noticias. Esperando su vuelta, Lucía sucumbió al cansancio y á las emociones y se quedó dormida en un sofá cerca del fuego. Clara y la Gerard velaban á su lado hablando entre ellas en voz baja ó entregándose, cuando no tenían nada que decirse, á las tristes reflexiones que les sugerían los sucesos conmovedores de aquel largo día.

Hacia un momento que guardaban silencio cuando la Gerard dijo :

— Es aún una felicidad en medio de nuestras penas, el tener á mano un hombre tan servicial como el señor Esteban. ¡Qué encantador mancebo!

— ¡Oh! sí, bien puedes decirlo, respondió Clara; es un corazón tierno y valeroso, lleno de solicitud por las personas á quienes se ha entregado. Estoy aún buscando sus defectos, confesó ingenuamente la joven, y no encuentro más que cualidades.

— ¡Cómo se ve que le ama usted, querida niña!

— ¿Por qué no he de amarle, puesto que él me ama á mí? Tengo ese derecho; dentro de pocos días estaremos casados.

— Y su hermana de usted será mujer del señor Dalassene, ¿Quién podía preverlo cuando, hace tan poco tiempo, estábamos en Turín?... ¡Divorciada, ella, y unida con otro viviendo su marido!

Iba á continuar, pero Clara se lo impidió.

— Dejemos eso, Gerard. ¿Para qué insistir en lo que hace sombra á mi contento? No hay felicidad sin tristeza. Pero, qué quieres, vivimos en unos tiempos, tan descompuestos...

Un movimiento de su hermana le cortó la palabra. Lucía se despertaba.

— ¿Estás mejor? le preguntó Clara.

En lugar de responder, Lucía interrogó :

— ¿Ha vuelto, Esteban?

— Todavía no. Pero está lejos [el Louvre de la calle del Mont-Blanc, y, además: hace falta tiempo para informarse.

— Es verdad, suspiró Lucía. ¡Pero qué cruel es esta espera! ¿Qué estará sucediendo en aquella terrible junta? ¿Conjuraré Roberto los odios conjurados contra él, y, si no lo consigue, esos hombres de sangre le dejarán escapar? ¿No querrán detenerle? ¡Ah! Dios mío, cuánto daría por que estuviésemos lejos de aquí...

— Pronto lo estaremos, respondió Clara; tran-

quilizate. Esteban me ha dicho que le bastan unas horas para asegurar nuestra partida.

Cuando la joven acababa esta frase, apareció Esteban. Su paso había sido inútil; no sabía nada más sino que las juntas estaban reunidas para recibir la declaración de la Villars y las puertas severamente guardadas.

— He sabido solamente, añadió Esteban, que el ciudadano Dalassene ha llegado cuando había comenzado la sesión, que dura todavía y tiene traza de prolongarse. He vuelto para decíroslo y me vuelvo allá.

— Es inútil, Esteban, exclamó Lucía; ahí está Roberto.

Dalassene entró radiante, y, en respuesta á las preguntas de Lucía, que se arrojó hacia él, contó brevemente lo que había pasado en la reunión de las juntas, ó, más bien, lo que él había visto: la estupefacción de sus colegas al verle entrar y su consternación al escucharle. Ya no los temía; él vencería sus perfidias. Denunciándolos á la Convención, prestaría un señalado servicio á su patria y á sí mismo.

Lucía no participaba de la confianza de que él estaba animado, pero no se atrevió á decirselo y se contentó con preguntar cuál había sido la actitud de Belliere.

— Belliere es un gran artista, respondió Dalassene, pero es una tabla podrida. Tenía demasiado

miedo para tomar mi defensa; mañana me defenderá si soy victorioso.

— Nadie protestó; ni siquiera Esteban, que conocía á su maestro y admiraba en él al pintor, pero le tenía en mediana estima como convencional por haber observado con frecuencia sus debilidades y cobardías.

— ¿Estaba allí esa mujer? preguntó también Lucía á Dalassene.

— Estaban interrogándola cuando yo entré, respondió Roberto, y, con gran sorpresa mía, la he oído defenderme y le he dado las gracias. Pero no me hago ilusiones sobre la causa de ese cambio de actitud; teme que vuelva á ser poderoso y toma sus precauciones para el día de mañana.

— Estás en un error, Roberto, protestó Lucía. Hay que hacer justicia á quien la merece. La Villars es sincera al defenderte después de haberte calumniado; quiere reparar el daño que te ha hecho; se ha comprometido á ello delante de mí.

Era aquello una revelación para Dalassene, y Lucía tuvo que contarle el paso que había dado con la Villars.

— Entonces, á todo pecador, misericordia, exclamó Roberto alegre.

La alegría es comunicativa, y, al verle transformado y tan diferente de como estaba unas horas antes, Lucía empezaba á preguntarse si serían excesivos los temores que la hacían temblar.

— Acaso tenga razón, pensaba, y haga yo mal en alarmarme.

De este modo, sufriendo el ascendiente que su amante ejercía sobre ella, Lucía se abandonaba á la esperanza que un minuto antes se negaba á compartir. Pero iba á ser detenida desde el primer paso en esa nueva ruta.

Mientras hablaba, Dalassene había visto en una mesa una carta llegada para él en su ausencia. En el sobre, al lado de su nombre, se veía la palabra « Urgente ». Roberto la cogió y leyó su contenido. Una palidez de muerte veló sus facciones y la alegría que brillaba en sus ojos se borró para dar lugar á una expresión de cólera y de espanto.

— ¿Cómo ha venido esta carta? preguntó con voz ahogada.

— Me la ha entregado hace un momento un desconocido, sin decir palabra, respondió la Gerard, y se ha marchado en seguida.

— He debido prevenirte cuando has entrado, Roberto, dijo Lucía alarmada de nuevo, pero estaba tan conmovida que lo he olvidado. ¿Quién te escribe?

— El ciudadano Berryer, y lo que me dice me demuestra con qué cuadrilla de malvados tengo que habérmelas.

Y leyó la carta en alta voz :

« Ciudadano representante : tengo el doloroso deber de participarte que mis dos clientes, tu abuelo

Ninart de Mausabré y tu tío Ninart de Lavoix, que, gracias á ti, estaban detenidos, desde su captura, en una casa de salud, han sido trasladados esta mañana á la Conserjería y van á comparecer ante el tribunal. Si no eres bastante poderoso para salvarlos, están perdidos. — Salud y fraternidad. »

Dalassene, agobiado, se dejó caer en una silla sin pronunciar palabra. El ser sometidos á juicio los dos ancianos con quienes le unían vínculos de sangre, le daba un nuevo testimonio de su impotencia y de la rabia de sus enemigos.

Una vez, no había podido impedir la prisión de esos inocentes, y, ahora, no podía tampoco evitar su envío al tribunal. Interponerse para salvarlos, hubiera sido precipitar su pérdida, y si se jactaba de conservar aún bastante influencia sobre la Convención para asegurar su propia salvación, tenía que reconocer que no podía ejercerla más que en provecho propio y no en beneficio de sus desgraciados parientes.

Al abatimiento sucedió la cólera, que le devolvió la confianza, y en el raudal de palabras ardientes que salían de su boca, podía comprender que contaba con su elocuencia y con los servicios que suponía haber prestado á la libertad para convencer á la Convención de que no había desmerecido y de que su patriotismo seguía siendo puro.

Pero sobre esta arenga fogosa que él pronunciaba como si hubiera estado en la tribuna, Lucía vertió

cuerdas palabras inspiradas por su prudencia y sus temores. Presentía que los enemigos de Dalassene eran más fuertes que él y que, si no huía, sucumbiría á sus golpes.

Así se lo dijo Lucía con el ardor de un alma convencida y apasionada. No era ya hora de engañarse á sí mismo; debía resolverse á la fuga, y cuanto antes mejor, pues pronto sería demasiado tarde.

Aunque medio convencido, Dalassene se defendía aún contra este consejo, y, al ver que su amada insistía, alegó que no había nada preparado para una fuga precipitada. A aquella hora de la noche, no podía procurarse coche, caballos y pasaporte. Pero en este punto fué batido por Esteban. El discípulo de David se comprometía á preparar la partida para el día siguiente al rayar el alba.

— Pues bien, sea, dijo Dalassene consintiendo; prepáralo todo como si decidiese partir, y ven á buscarme á primera hora. La noche es buena consejera y sabrás lo que he decidido.

Lucía hubiera deseado una respuesta más categórica, pero renunció á exigirla, convencida de que no la obtendría mientras Dalassene conservase la esperanza de probar en la Convención que era víctima de una abominable intriga, y se contentó con la promesa condicional que acababa de hacer.

Todo parecía así decidido, cuando una doméstica se presentó á anunciar que una mujer, que se negaba

á decir su nombre, pedía hablar en el momento al ciudadano representante.

— Que vuelva mañana, dijo Roberto impaciente, creyendo que la tardía visitante era alguna pretendiente.

Pero ella había seguido á la doméstica y oído la respuesta hecha á su petición.

— Mañana será tarde, dijo desde la puerta.

Dalassene se volvió y reconoció á la Villars.

— Entre usted, señora, dijo Lucía, que también la había conocido, y sea bienvenida.

La Villars echó una mirada á su alrededor para asegurarse de que podía hablar libremente y sin peligro delante de las personas presentes.

— Por él vengo, respondió á Lucía designando á Dalassene. Quiero advertirle de lo que ha pasado después de que él ha dejado la sesión.

Y brevemente, pero sin omitir nada esencial, contó la escena á que acababa de asistir; la denuncia de la sección Lepelletier acusando al representante de haber comunicado con un detenido, con desprecio de la ley; la alegría de sus enemigos al saber esta noticia y, en fin, la resolución adoptada por las Juntas; por unanimidad de los miembros presentes, de expedir contra él un mandamiento de prisión.

— Todos han firmado la orden, dijo para terminar, y Heron ha sido encargado de ejecutarla. No tienes tiempo más que para huir.

— Mis presentimientos no me engañaban, gimió Lucía.

Dalassene permanecía incrédulo; no se atreverían á prenderle y á ultrajar en su persona á la representación nacional. Pero la Villars se propuso desengañarle.

— Créeme, no tardes; el peligro es apremiante. Cuando estés encarcelado, no podrás hacer nada.

— Podré apelar á la Convención.

— Acusado por el triunvirato, no encontrarás en ella ni un defensor.

— Olvidas que puedo contar con Danton. Le enviaré á él mi carta.

— Está todavía más comprometido que tú, y si quiere leerla, ahogarán su voz.

Dalassene protestaba indignado; no admitía que se empleasen semejantes procedimientos contra un representante del pueblo.

— Estás viendo, sin embargo, respondió la Villars, que no te han comunicado siquiera la denuncia de que eres objeto.

— Esos procedimientos están autorizados por las leyes que vosotros habéis hecho, hizo observar tristemente Lucía. ¡Cuántos inocentes han perecido á los que ni siquiera se ha confrontado con sus acusadores y contra los cuales se han violado todas las reglas de la justicia! Si te vencen, lo harán con las armas que tú has puesto en manos de verdugos.

Estas palabras, pronunciadas por una boca que-

rida, arrancaron á Dalassene un grito de angustia y de dolor.

— ¡Tú me acusas, Lucía!

— No, amigo mío, no te acuso; quiero solamente demostrar la necesidad de sustraerte por la fuga á los odios en que has incurrido.

— Tiene razón, Dalassene, dijo la Villars; si no huyes, estás perdido. Demasiado sabes cómo se hacen esas cosas. Detenido, sometido al tribunal, ejecutado, no hacen falta para esto más que veinticuatro horas. La justicia revolucionaria es expeditiva, y he oído gritar á Saint-Just ordenando tu prisión: detenido esta noche y guillotinado mañana.

Prodújose entonces á su alrededor un concierto de súplicas. Todas las voluntades que le permanecían fieles se coligaban para asegurar su salvación y obligarle á marcharse.

— Me le llevo á usted conmigo á mi casa, ciudadano, dijo Esteban. A nadie se le ocurrirá el ir á buscarle allí. Mañana, saldrá usted de París.

— Y pronto nos reuniremos contigo, añadió Lucía.

Dalassene guardaba silencio ante estos ruegos, que cuanto más ardientes eran más parecían hacer inflexible su resistencia.

— No, no huiré, dijo de repente. Huir sería confesarme culpable de los crímenes que me imputan. Me defenderé hasta el fin, suceda lo que quiera.

Esta vez, Lucía perdió la esperanza de conven-

cerle. Solamente la Villars hizo un último esfuerzo para lograrlo.

— Tomas un partido heroico, que es digno de ti. Te reconozco en ese rasgo. ¿Pero has pensado en todos los que al perderte arrastras en tu desgracia, en estas nobles mujeres que expiarán la adhesión que te han consagrado, y en este joven que no querrá abandonar á su prometida?

Y con un ademán envolvente, designaba á Lucía y Clara, á la Gérard y á Esteban.

Si con este argumento había creído debilitar la resolución de Dalassene, pronto quedó desengañada. Roberto perseveraba en su actitud intransigente, pero la llamada á su piedad le había conmovido.

— No arrastraré á nadie en mi desgracia, ni á ti ni á otros, dijo. Vais á retiraros todos; quiero estar solo cuando vengan á prenderme.

En respuesta á esta orden, Lucía, en lugar de obedecer, se estrechó contra su amante diciendo:

— Lo que ordenas es bueno para ellos, pero no para mí. Me uno á ti, Roberto, para obtener de mi hermana que se vaya en el acto y para ponerla bajo la protección de su prometido y de mi fiel Gerard. Pero yo me quedo; mi puesto es á tu lado.

Y sin darle tiempo para rehusar el sacrificio que le hacía de su vida, murmuró á su oído tan bajo que nadie pudo oirlo.

— Si mueres, quiero morir contigo.

Dalassene la conocía muy bien para poder creer que se resignaría á obedecerle.

La Villars hizo entonces observar que era urgente tomar una decisión. Los agentes de las Juntas podían presentarse de un momento á otro, y aunque la orden de prisión no se refería más que á Dalassene, era de temer que detuviesen á todos los que se encontrasen en la casa.

— Si mi hermana se queda, me quedo yo también, declaró Clara.

Lucía tuvo entonces que suplicarla que se fuese bajo la guarda de la Gerard y Esteban; pero Clara le resistió como ella había resistido á Dalassene. Y acaso no hubiera cedido si su hermana no le hubiera hecho esperar que podría pronto reunirse con ella y dicho que en aquel momento su presencia no podía hacer más que paralizar los esfuerzos de Dalassene para defenderse.

— Consiento en marcharme, puesto que tú lo exiges, dijo Clara. Pero cuenta con que, si te prenden, iré mañana mismo á reunirme contigo en la cárcel.

Su despedida fué desgarradora y se hubiese prolongado si Esteban, á una seña de Dalassene, no se hubiera llevado á su prometida, que lloraba á lágrima viva y parecía á punto de desmayarse. La Gerard no estaba menos desesperada y los siguió con la muerte en el alma después de haber abrazado á Lucía.

La Villars se quedó sola con Lucía y Dalassene.

— Es necesario que te vayas también, Susana, dijole Roberto. Si vienen á prenderme, es inútil que te vean aquí. Bastante te has comprometido declarando á mi favor ante las Juntas. No debes comprometerte más; si estás dispuesta aún á servirme, no podrás hacerlo sino á condición de estar libre.

— No puedo hacer gran cosa, pero en la medida que me sea posible, me emplearé para ti.

— Es, pues, importante que no te prendan.

La Villars parecía convencida, pero no se daba prisa, como si le faltase algo que decir ó hacer. La joven se paseaba silenciosa de un lado á otro sin dejar comprender á qué móvil obedecía. Dalassene y Lucía le dieron prisa de nuevo.

— Es que tengo el corazón oprimido, respondió. Me acuso de vuestra desgracia y estoy inconsolable.

— Olvide usted, como yo, la parte que ha tenido en ella, respondió Lucía; yo he perdonado y Roberto también la perdona.

— No me acuerdo más que de lo que has hecho hoy para salvarme, afirmó Dalassene.

Humilde y contrita, la Villars les dió las gracias, y añadió levantándose:

— El último consejo, Dalassene. Cuando vivía á tu lado, veía en tu cuarto muchos papeles. ¿Los has conservado?

— No he tenido ninguna razón para destruirlos. Son cartas de solicitantes, sin importancia alguna.

— Las hay, si mal no recuerdo, firmadas por nobles y por curas. Esos desgraciados se dirigian á ti porque habíais pertenecido á la misma clase. Si las encuentran, se convertirán en otros tantos cargos contra ti.

— Siento no haberlas quemado; pero ya es tarde.

— No, porque yo voy á hacerlo si me autorizas á entrar en tu despacho y á abrir tus muebles.

— Abre y quema, respondió Dalassene. Aquí tienes las llaves; quema todo lo que te parezca peligroso. Me prestarás así un nuevo servicio y te doy las gracias por haber pensado en ello.

Se recordará que su departamento estaba encima del ocupado por Lucía y su hermana. La Villars conocía los sitios por haber estado en ellos todos los días en tiempo de sus relaciones con Dalassene, y le era fácil desempeñar su misión, lo que hizo sin perder momento.

Lucía y Dalassene debieron á esta circunstancia el encontrarse al fin solos, lo que los hizo dichosos. Era un respiro en los acontecimientos que marcaban para ellos con un punto negro aquel día fatal.

Dalassene se había prometido aprovechar la oportunidad para tratar de nuevo de decidir á Lucía á abandonarle á su suerte; pero á las primeras palabras comprendió la inutilidad de su insistencia y ella se lo reprochó.

— ¿Cómo has podido creer que amándote como te amo y sabiendo que soy amada, habría de escu-

charte? ¿Qué pensarías de mí, Roberto, si fuese tan cobarde que te dejase entregado á los peligros que te amenazan? Somos el uno del otro para siempre, en la vida y en la muerte; todo debe sernos común y si esta hora debe ser la última de nuestra dicha, no quiero perder de ella ni un minuto. Compréndelo bien y ni insistas. Sería ultrajar nuestro amor y hacerme creer que has dejado de amarme.

Roberto se quedó enternecido y confuso por esta declaración. Medía en toda su extensión las consecuencias del ascendiente nefasto que él había ejercido sobre aquella desgraciada mujer. Si estaba expuesta á perecer con él, era por culpa del amor que había sabido inspirarla. Por primera vez desde que se había entregado al torrente revolucionario, nacían en él remordimientos por haber arrastrado á Lucía á la catástrofe á que él estaba condenado, y lo que era más imprevisto, por haberse apartado del camino tradicional seguido durante siglos por sus antepasados.

Estos pensamientos se apoderaron de él con una violencia que le arrebatava hacia deberes olvidados y hacia un dominio que había sido suyo y cuyo acceso le estaba en adelante prohibido. Esos deberes se agolpaban imperiosos en su mente, y con tal fuerza que no pudo contener su expresión. A aquellos labios en los que tantas veces Lucía había ahogado palabras de ira, asomaron confesiones que ella estaba lejos de esperar.

— Había previsto lo que me sucede, á pesar de mis esfuerzos para alejar esta imagen. Es el desquite de mis antepasados. Las tradiciones que ellos me han legado y que han sido pisoteadas por mí, resucitan para aplastarme; he renegado del realismo, y se me acusa hoy de realista; he perseguido á los nobles, y como noble se me ha hecho sospechoso; en vano he votado la muerte del rey, aprobado la de la reina é inspirado leyes contra los emigrados; en vano me he hecho terrorista, dado prendas á la República y defendido la causa del pueblo; no he podido despojarme del pasado, que ha sido para mí la túnica de Neso.

Tan lastimosos eran su lenguaje y su fisonomía que Lucía se aterroró y quiso provocar en él otras ideas. Hízose una cadena de los brazos de aquel amado por quien se había perdido, y dejó hablar á su corazón.

— ¿Para qué pensar en la causa de nuestro infortunio cuando la muerte nos acecha? Olvidémosla y no pensemos más que en amarnos hasta el fin, puesto que el cielo nos concede el supremo consuelo de morir juntos.

Exaltábase Lucía hablando y de sus ojos corrían las lágrimas. Y de repente sintió que otras lágrimas se mezclaban con las suyas, caían en sus mejillas é imprimían en ellas su ardor.

Miró entonces á Dalassene; estaba llorando.